

## PRESENTACIÓN DEL DOSSIER: ESPAÑA EN CRISIS (2008-2016)

Manuel Ortiz Heras<sup>\*</sup>

Damián A. González Madrid<sup>\*\*</sup>

<sup>\*</sup>Universidad de Castilla-La Mancha - Seminario de Estudios del Franquismo y la Transición, España. E-mail: manuel.ortiz@uclm.es

<sup>\*\*</sup>Universidad de Castilla-La Mancha - Seminario de Estudios del Franquismo y la Transición, España. E-mail: damiana.gonzalez@uclm.es

Recibido: 7 junio 2017 /Revisado: 12 julio 2017 /Aceptado: 20 octubre 2017 /Publicado: 15 octubre 2018

La Asociación de Historiadores del Presente junto con la Asociación de Historia Actual organizaron en Cádiz el Congreso Internacional *La España Actual: Cuarenta años de Historia (1976-2016)*, en el mes de mayo de 2017. En el marco de dicha actividad, desde el Seminario de Estudios del Franquismo y la Transición, propusimos un taller para debatir y presentar textos sobre la Crisis que se había iniciado en 2007.

En un congreso sobre la España actual entendíamos que la crisis económica, política y social que este país viene padeciendo desde 2007 merecía sin duda un espacio para el debate interdisciplinar, por lo que invitamos a historiadores, politólogos, sociólogos, economistas y científicos sociales en general a participar en este panel y compartir sus investigaciones y reflexiones sobre el origen y las consecuencias de la “crisis”, sin despreciar, por tanto, la mirada en clave internacional. Esta apuesta, desde luego, tiene mucho que ver con nuestra trayectoria como equipo de investigación y nuestra vocación interdisciplinar, que se ha demostrado garante de alcanzar importantes cotas de éxito en el desentrañamiento de múltiples cuestiones. Nos interesaban, por descontado, trabajos que profundizaran en el esclarecimiento de los factores internos y externos de la crisis económica y financiera, aunque ello implicara retroceder cronológicamente y referirse a gobiernos diferentes de los presididos por Rodríguez Zapatero y Rajoy Brey. Ahora más que nunca resulta procedente interrogarse por las políticas económicas desplegadas desde 2008, sus mo-

delos y sus demandantes, con especial atención a sus consecuencias sociales y el deterioro (¿irreversible?) del estado de bienestar, del que muchos sólo han hablado en pasado por su carácter supuestamente insostenible. Ahí quedan las múltiples manifestaciones de las mareas, de todos los colores, y de colectivos especialmente dolientes de tanto daño acumulado, como han sido los pensionistas o los dependientes.

Por supuesto que desde el punto de vista internacional merecería una especial atención todo lo relativo a las relaciones con la UE y sus instituciones. Sobre todo, ahora que el viejo proyecto comunitario se ha puesto en cuestión y que Europa, para muchos, ha empezado a ser un problema más que la solución. Ha crecido de manera exponencial el euroescepticismo, aunque no demasiado en España, en proporción, y se ha concretado la ruptura de su columna vertebral –desde el Tratado de Roma- con la salida del Reino Unido –Brexit-. Además, la llegada a varios gobiernos, en un proceso transversal que afecta a ricos y pobres, pero también a países con una dilatada cultura democrática junto a los recién llegados al club, de partidos ultranacionalistas que abogan por reformular los valores fundacionales de la organización, parece poner en riesgo su propia existencia. Precisamente nos encontramos a las puertas del cuarenta aniversario del comienzo de las negociaciones oficiales para la entrada de España en aquel predilecto equipo al que la inmensa mayoría aspiraba a entrar como casi condición ineludible

que nos permitiría asentar las recién estrenadas instituciones democráticas, y es de rigor alentar a los especialistas a conducir sus miradas críticas sobre testigos y testimonios del asunto.

Y aspirábamos a recoger trabajos que analicen la crisis institucional sin precedentes desencadenada en España durante estos años y que ha supuesto una pérdida de legitimidad importante de la monarquía, los partidos políticos y los sindicatos, y la consiguiente puesta en entredicho de los fundamentos de la convivencia cívica y política construida desde 1978. La vertiginosa velocidad de los cambios políticos y sociales acaecidos en el tiempo corto precipitaron tanto el orden de las cosas que en el momento de la convocatoria del congreso no había estallado el conflicto catalán, el procés soberanista. Hoy, muy probablemente, el espacio de debate hubiera sido invadido por esta temática que, desde luego, no tuvo presencia entonces y no queda contemplado en los textos que presentamos a continuación. Sin embargo, hoy ya nadie discute que una de las consecuencias más lacerantes de la crisis a nivel interno ha sido la propia puesta en cuestión de la nación española como identidad propia. No obstante, convendría también recordar que no hace tanto tiempo que la mayoría de los españoles confiábamos en haber dado con la tecla de disfrutar de sólidos fundamentos y de una enorme legitimidad en el diseño de un Estado compuesto y complejo.

Sin embargo, lo que sí había movido el tsunami político de la crisis era el cuestionamiento con fuerza del propio proceso transicional que había dado lugar a lo que despectivamente se ha venido denominando como régimen del 78. En este orden de cosas ¿tienen sentido ciertas miradas hipercríticas sobre el proceso transicional? La sociedad española del siglo XXI ha mudado sus valores, preferencias y prioridades, quizá con la crisis como detonante, por lo que este taller se proponía interrogar también sobre esos nuevos marcos referenciales en torno a la representatividad, la participación, los derechos sociales y la ciudadanía: ¿la democracia que se reivindica hoy es la misma que se demandaba en los años setenta? Una de las más importantes consecuencias de esa mutación es probablemente el abandono electoral por la ciudadanía de la socialdemocracia debido a su incapacidad, no solo en España, para responder a las

demandas de las heterogéneas y complejas sociedades capitalistas, postindustriales y globalizadas. Todos ellos resultan también interesantes argumentos, al menos a nuestro juicio, para concurrir al debate que proponíamos y sobre el que se abre un mundo de posibilidades que, a buen seguro, no tardarán en merecer investigaciones, publicaciones y congresos monográficos. Antes incluso del estallido de la tan traída y llevada crisis el politólogo británico Colin Crouch había teorizado sobre el fin de la democracia bienestarista en Europa y se había atrevido a pronosticar una incipiente posdemocracia autoritaria con mejores condiciones de adaptación a las expectativas de unas sociedades enfermas. Está claro que, en este caso, los pronósticos no han fallado, por desgracia, sino los responsables de gestionar estos problemas.

Parece evidente establecer una estrecha relación entre el estallido de esta crisis -sin duda de carácter sistémico y por tanto abierta también a estudios de historia comparada- y la renovada mirada al pasado reciente, en concreto, al periodo de la Transición. Aunque ya se había planteado antes, el caso es que ha recobrado vigor la expresión Segunda Transición, lo que ha venido a fortalecer la mirada crítica o hipercrítica del periodo transicional y la división en bandos enfrentados sobre posturas defensoras de la llamada versión canónica con los revisionistas y críticos del proceso. Esto abre otra perspectiva, a saber, la manera con la que se ha socializado, especialmente en el sistema educativo obligatorio español, el periodo cronológico conocido como Transición y Democracia.

No ha pasado inadvertido a los observadores y analistas el hecho de que los dolorosos efectos de la crisis sobre los sectores populares no hayan generado un clima de protestas extremas como algunos presagiaban. Es más, coincidiendo con los múltiples escándalos de corrupción que se han destapado en la vida política española es muy llamativo que los partidos más conservadores han resistido bien, incluso mejor, sus efectos en un clima de miedo y desconcierto que domina en amplias capas de la sociedad. Tal vez, la explicación tenga que ver con los vaticinios de Albert Hirschman y James Scott cuando afirmaban que al enfrentarnos con grandes problemas los individuos solemos reaccionar a través de una batería reducida de respuestas. En general, lo cierto es que el uso de la

protesta ha sido más bien moderado. Ha habido manifestaciones multitudinarias en grandes ciudades como Berlín, Madrid, Barcelona y Londres e, incluso, grandes huelgas generales en Grecia y Francia. También se han producido hostigamientos importantes a instituciones o foros internacionales como el G-20 o la OTAN y, sobre todo, sí que ha habido una notable revuelta social en Grecia como consecuencia de su hundimiento económico y el rescate practicado por los organismos internacionales que aplicaron a rajatabla unas políticas que han acuñado el término de austericidio.

Por lo demás, se ha castigado a los partidos gobernantes en las urnas, pero, al cabo del tiempo, contemplamos que la socialdemocracia ha resistido mucho peor los rigores del proceso que el neoliberalismo. En todo caso, lo más preocupante al respecto ha sido, por un lado, la ruptura del viejo bipartidismo entre fuerzas políticas que luchaban por conquistar el centro partidocrático –recordemos el teorema de Hotelling que obligaba a las formaciones políticas a maximizar sus votos en los caladeros del centro– y, por otro, la irrupción con fuerza de fórmulas populistas y neofascistas con partidos y gobiernos autoritarios que se han apoyado en la vieja fórmula del nacionalismo más excluyente y rancio y en la xenofobia contra “los otros”. Esto último, además, utilizado como chivo expiatorio contra los movimientos migratorios de refugiados y trasterrados por los efectos de guerras que se han escapado al control del nuevo orden mundial.

Desde luego, para los estudiosos de los movimientos sociales la crisis es una estupenda oportunidad para la investigación de los muchos micro conflictos y actos de resistencia que se han sucedido en forma de sabotajes, secuestros de directivos, actos contestatarios de grupos más o menos aislados –como en Francia con los Desmontadores, los Desobedientes o el Clan del Neón...– e, incluso con un reguero de ocupaciones de diversa índole. Habrá tiempo para reflexionar porqué la crisis ha dejado un indiscutible saldo de sociedades civiles inertes y polarizadas con una ciudadanía desconcertada y sorprendida al mismo tiempo que indignada, aunque de manera muy contenida en general. Todo lo contrario que sugería el sociólogo Ulrick Beck. No olvidemos que la secuencia de episodios de conflictividad social arrancó a comien-

zos de los noventa del pasado siglo en México con los zapatistas y tendría continuidad en Francia –1995–, Seattle –EEUU 2001–, Argentina –corralito y 2003 amago de protesta de una sociedad civil global–, Bolivia –2005– Francia –2007– y no pocas protestas significativas contra las subidas de los precios de alimentos básicos, en Grecia, China, Rusia y los países del antiguo bloque del Este, para terminar en nuestro propio país y algunos lugares más.

Para los economistas, especialmente, qué duda cabe que también es una estupenda ocasión para plantear hipótesis que nos permitan comprender este cataclismo. De hecho, no han faltado las comparaciones con crisis anteriores como, sobre todo, la Depresión de 1929. Una primera idea que surge ante esta posibilidad es que, a pesar de todas las incertidumbres, la brusca interrupción de la prosperidad y la pérdida de riqueza, con el consiguiente aumento de la desigualdad, no han llevado a los ciudadanos –en particular del mundo más rico– a abandonar o repudiar el sistema. Más bien se ha respaldado el mercado y a las propias formaciones políticas conservadoras. En ese sentido, y a pesar de las calificaciones de crisis sistémica, no han faltado especialistas como Tortella que han negado la mayor y se han apuntado a la teoría de fallos en los controles o en los reguladores para seguir defendiendo el modelo. Una de las consecuencias dramáticas de las crisis de los años treinta fueron los impulsos antisistémicos y las violentas “marchas del hambre” –por ejemplo, en la Gran Bretaña de 1936–.

Las famosas consignas del “no nos representan” que arreciaron por todo el mundo tenían el común denominador de apostar por la democracia. Otra cosa sería analizar la posibilidad de establecer algún tipo de coordinación, de causa compartida, entre todos ellos porque, en principio, el denominador común es su condición de nacionalista a ultranza. Eso sí, una suerte de sistema político renovado que partiera de propuestas y prácticas más inclusivas y participativas. Esto se ha traducido en múltiples propuestas de regeneración, una vez más, también espoleadas por los innumerables casos de corrupción que se han denunciado. También aquí nos encontramos ante un caso de creciente atención por parte de los científicos sociales. Todo el mundo sabía que este era un fenómeno que estaba perfectamente asentado en nuestra

sociedad, en nuestra vida cotidiana, tal vez por la herencia del dominio secular de la moral pública católica. Sin embargo, no se reconocía como verdadero problema por la impotencia generalizada para acometerla. Tal vez por eso, la corrupción haya tardado tanto tiempo en pasar factura a quienes la practicaron descaradamente en las sucesivas citas electorales. Los especialistas tendrán que comprobar hasta qué punto este fenómeno transversal forma parte de la cultura política de la sociedad, de nuestro sistema institucional y de la conducta de nuestra clase política.

Esto, a su vez, ha dado lugar al cuestionamiento de un modelo de democracia de “baja calidad”, manifiestamente mejorable ha sugerido Sánchez Cuenca, especialmente entre los españoles, pero no sólo.

Claro que, no todo son malas noticias. Las informaciones y los debates han venido en muchas ocasiones de manos de unos medios de comunicación que también han evolucionado y han sufrido su propia crisis. ¿Estamos mejor informados? ¿Cumplen en rigor los profesionales de la información con sus objetivos? Este es, sin duda, otro campo de trabajo que en esta ocasión ha merecido la atención de uno de nuestros especialistas. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca ha venido acompañada, entre otras muchas novedades, del esperpéntico efecto de las *fake news*, una verdad paralela, construida al socaire de intereses espurios que legitiman políticas de acoso y derribo al enemigo, al disidente, al crítico. Como no podía ser de otra manera, el fenómeno también ha llegado a nuestro país y determinadas compañías orquestadas por grupos de interés se han amparado en la mentira más soez posible.

Los retos a los que se enfrentan las sociedades actuales son múltiples y muy complejos pero parece evidente que nos encontramos inexorablemente ante una más que singular transformación de la estructura de poder del sistema mundial y que esto tendrá lugar con una severa reforma del capitalismo –Piketty o Krugman– y una recomposición de las reglas del juego político, económico y social para poder sortear los anunciados “límites al crecimiento” que no podrán ser solventados simplemente con los recurrentes “planes de ajuste”. Los nuevos escenarios que estamos empezando a descubrir

parten de una necesidad ineludible: resolver la apabullante crisis de sostenibilidad del sistema mundial, algo que no parece poder hacerse con amplios consensos. Es más, nadie puede garantizar hoy una salida progresiva de la crisis, por muy optimistas que seamos, y lo peor es que si esto no se alcanzara, tal vez, no estemos muy lejos de ver peligrar los mejores logros de la civilización occidental.

El liberalismo, al menos en su versión más utópica, sólo puede sostenerse mediante la fuerza, la violencia y el autoritarismo. “El utopismo liberal o neoliberal está abocado”, en opinión de Karl Polanyi, “a verse frustrado por el autoritarismo, o incluso por el fascismo absoluto”. Su teoría era que, sencillamente, bajo la economía de mercado la libertad degenera “en una mera defensa de la libertad de empresa”, lo que significa “la plena libertad para aquellos cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad”. Esto tiene que ver con la ruptura del consenso social que se ha generado en muchas latitudes y que ha sido contestada a menudo con un destacado incremento de la coerción. Desde los años ochenta muchos gobiernos neoliberales aplicaron reformas cada vez más represivas y esto se ha reproducido, en particular en Francia y el Reino Unido entre los años 2005 y 2011.

En nuestro país, el auge de las movilizaciones sociales acarrió cuatro reformas del código penal –la más conocida y crítica es la Ley Mor-daza-. A partir de aquí, sugerimos la conveniencia de trabajar con el ánimo de establecer conexiones entre estas estrategias autoritarias que, indudablemente, conectan con el discurso sobre la necesidad de imponer seguridad en la sociedad, con el crecimiento de opciones políticas de extrema derecha, cosa que se ha constatado ya en algunos otros puntos del planeta, espoleados por un ambiente creciente de terror y represión alimentado desde diferentes tribunas, que en la práctica legitiman fórmulas sociales que refuerzan sistemas de dominación. Entre sus principales y más preocupantes consecuencias podríamos cifrar la división de la clase obrera para levantar en su lugar una suerte incierta de solidaridad interclasista. También podemos mencionar la aparente condición an-

tielitista de sus consignas, que no se dirige contra las grandes fortunas, no se trata de socavar los principios intocables de la propiedad privada, sino contra otros colectivos peligrosos como puedan ser las elites culturales o algunos privilegiados que pueden servir para distraer la atención. En España hemos podido ver cómo se procesaba a personas poderosas, de manera aislada, que en la práctica ha servido, fundamentalmente, para distraer el malestar de clase.

Obviamente en este repaso por temas candentes que deberían estimularse al socaire de nuestra propuesta, queremos subrayar el enorme potencial que atesoran los estudios de género. Si bien los casos de violencia y discriminación contra las mujeres vienen dejando un reguero dramático desde hace años, también aquí, los efectos de la crisis han creado un caldo de cultivo doblemente abonado. Sin embargo, lo más sobresaliente, al menos desde nuestro punto de vista, puede ser la reacción de las mujeres y, por supuesto, de la sociedad en general, que ha dejado de afrontar este problema como algo específico y se ha incluido en las agendas sociales y políticas con una perspectiva transversal. Las movilizaciones del último ocho de marzo no son sino la punta de lanza de aspiraciones por la igualdad, por la ruptura del techo de cristal y de la invisibilidad de las mujeres.

Hace ya unos años que se empezó a hablar, demasiado alegremente, de brotes verdes y recuperación. En parte, la idea venía justificada por la necesidad de gobiernos e instituciones de crear un clima de confianza y optimismo que ayudara a revertir la situación, el impacto psicológico de una crisis tan atroz. Más allá de debates ideológicos y partidistas, lo cierto es que no se puede dar por definitivamente cerrada la crisis y sus efectos, al menos para la totalidad de la población y en la inmensa variedad de sus múltiples facetas. Además, las consecuencias de la actual crisis son todavía muy difíciles de prever. Está claro, eso sí, que, a mayor duración de problemas como el desempleo y el malestar social, que tanto han afectado al sistema mundial, podrían dar lugar a problemas y tensiones políticas de dimensiones incalculables.

Si el paro se ha convertido en uno de los principales problemas en nuestras sociedades no

menos importante es el debate a propósito de la contención de los salarios y de la necesidad de llevar a cabo medidas intervencionistas. En estos años hemos visto pasar ante nuestros ojos fenómenos como el *mileurismo* que, con la perspectiva de estos diez años, vemos ahora con cierto sonrojo. Pero también se habla más de los *mini jobs*, de la precariedad laboral —de precariado han hablado Standig, “nueva clase peligrosa”, Becker o Cuperus— que genera severas dificultades para las nuevas generaciones —generación perdida, *baby boomers* y *millennials*— que ven con mucho escepticismo el futuro y que asumen con tremenda decepción que sus vidas no mejorarán, muy probablemente, la de sus padres. Se les ha tildado de “nómadas urbanos” que no comparten una identidad por el tipo de ocupación, pero sí la anomía, la ira, la ansiedad y la alienación. Son claramente una cantera potencial para todo tipo de populismo y extremismo, desde el nacionalismo exacerbado, al proteccionismo y el antieuropeísmo.

Se hace imposible no recordar, de nuevo, a Francis Fukuyama cuando pronosticaba el triunfo del liberal capitalismo, es cierto que, en un contexto bien diferente, pero también cabe el consuelo de que no se trate de un éxito sin paliativos porque descubrimos una victoria pírrica que no convence porque, en concreto, no son halagadoras las formas con las que se ha impuesto. También puede ser pertinente reflexionar sobre la supuesta ausencia o, al menos, poca virulencia ideológica que está caracterizando a los movimientos contestatarios de todo el mundo, incluidos, claro está el movimiento 15-M español, también tratado en uno de los artículos que componen este dossier.

Para terminar con las referencias teóricas que han marcado el fin de siglo, también podemos recordar las tesis de Samuel P. Huntington —choque de civilizaciones— para comprobar hasta qué punto las causas y, sobre todo, los efectos de la crisis pueden estar relacionados con la amenaza musulmana. Más allá de comprobar la secuencia de conflictos y atentados perpetrados en tantos y tantos lugares del mundo amparados en el terrorismo yihadista, queda por comprobar ahora si el fenómeno ha cobrado vigor con estas turbulencias o simplemente se ha tratado de algo coyuntural que se ha reforzado con un marco de oportunidades muy prometedor para sus proyectos desestabilizadores

del precario e inestable orden mundial. No olvidemos que los efectos de los atentados de Atocha (marzo de 2004) azotaron la escena política española arrumbando con el pronóstico de las elecciones generales que se celebraron días después. Una vez más, el frenesí cortoplacista que marca las agendas ha hecho pasar la página con cierta precipitación sobre aquellos fenómenos, pero no estaría de más analizar, como hacen algunos, con más rigor esta problemática. Está en juego, por ejemplo, establecer con precisión la noción de ciudadanía porque esta “otorga derechos”, que excluye y señala al “otro” que no pertenece a la nación. Es la estrategia de “devolver la dignidad” supuestamente perdida, al grupo de pertenencia, al nosotros, y que pretende excluir a todos aquellos que puedan constituir una amenaza externa y/o interna.

Ya es sobradamente conocida la proverbial costumbre de los historiadores, en particular, aunque no sólo, de guiarnos por el ritmo de las efemérides. Este último decenio, la década perdida de muchos analistas, ha visto pasar primero el cuarenta y ahora el cincuenta aniversario de una revolución que ha marcado toda una época. Un parteaguas entre dos ciclos en plena guerra fría: el sesentaiocho. No han faltado estudios comparativos que partían de las evidentes similitudes por tratarse, en ambos casos, de movimientos de indignados. También aquí nos permitimos llamar la atención de los colegas para seguir trabajando en profundidad más allá de lo anecdótico o simbólico porque ya se han apuntado cuestiones que pueden abrir paso a lecturas más lúcidas. Por ejemplo, en los sesenta se venía de consumir la época dorada del capitalismo y ahora, a comienzos del milenio, se habló con insistencia de una era de codicia y pelotazo que nos ha dejado conmocionados por la tremenda resaca de la crisis.

Un importante campo de estudio a explorar es, sin duda, el de la sostenibilidad. Ya nadie duda, con un mínimo rigor científico, de la existencia del cambio climático y sus devastadores efectos. No es que la crisis hay sido su causante, pero sí que se ha producido un agravamiento del problema como consecuencia de las medidas de ajuste que se han implementado. Los diferentes agentes sociales se han ido mentalizando cada vez más de la trascendencia del asunto y de la necesidad de poner todos los

recursos a nuestro alcance para revertir el deterioro causado. Desde el punto de vista gubernamental, además de acuerdos al más alto nivel —acuerdos de Kioto, Paris...—, se han ido creando instancias —el propio Ministerio de Transición ecológica ahora— y poniendo en marcha campañas de concienciación ciudadana para gestionar mejor los recursos. Se trata de transformar la economía mundial, empezando por medidas de carácter nacional y europeo, hacia un modelo de bajas emisiones. Sus efectos positivos pueden contribuir a poner fin a la pobreza; limpiar y proteger nuestros océanos; mejorar la salud pública; crear nuevos empleos y catalizar las innovaciones ecológicas. Acelerará también los avances hacia la consecución de todos los objetivos de un desarrollo sostenible. Los últimos años se han caracterizado por el inmovilismo y la parálisis para buscar una solución a temas tan relevantes como el autoconsumo, la energía nuclear, la descarbonización y las energías renovables. Tenemos pues un importante campo de trabajo desde la transversalidad para investigar sobre el medioambiente con ineludibles repercusiones en la economía y el empleo, con rigor científico y pensando en la adecuación del sistema fiscal a la realidad climática.

No se terminan aquí, ni mucho menos, tampoco lo pretendíamos, las enormes posibilidades que encierra el estudio de la crisis global que nos ha invadido en esta última década. De su dimensión no es fácil equivocarse porque como decía un avezado colega, todavía en mitad del proceso, “esto ya no es una crisis, es un derrumbe, o mejor, una amenaza de ruina”. En todo caso, sí queremos dejar constancia de la bondad de los debates que se suscitaron en las sesiones presenciales que tuvieron lugar en el marco del congreso que tuvo lugar en la bella ciudad gaditana. Allí tuvimos la oportunidad de conocer otros textos que, por diferentes circunstancias, no aparecen aquí. Por eso, sí queremos manifestar nuestro agradecimiento a los colegas que se han atrevido a llegar hasta el final con este dossier amablemente ofrecido por el equipo editorial que respalda la revista. El debate sigue abierto.